

Salidera bancaria

JOSE ANTONIO CAUDELI



Capítulo 1

¡Que joda esto de llevar tanta plata por la calle! Ahora resulta que a mi jefe le da por las bolas el aumento de las comisiones por transferencias bancarias y el muy guacho me va a tener como bola sin manija llevando dinero de aquí para allá; total tiene un gil que por dos pesos con cincuenta arriesga la vida y no se queja.

Recién hice la extracción del efectivo por ventanilla y ya estoy estudiando la situación. ¿Cómo salgo sano y salvo de este barrio del culo del mundo con toda esta guita? Tengo que mirar menos los noticieros también.

Imagino que adentro del banco son todos de confianza, no hay ningún buchón. Guardo la plata en un lugar especial que tengo y me las pico. Para no hacer tanta bandera, pongo cara de che pibe que vino a pagar unas cuentas y me abanico con unas facturas que tengo. Todo muy casual.

Ya estoy en la puerta. Parece estar todo normal afuera. Gente esperando el colectivo, doñas con las bolsas del supermercado, el vendedor de maní calentando la olla. Aunque hay un negro fiero del lado de enfrente que no me inspira mucha confianza. Es la hora del colegio y tendría que estar adentro, el muy burro. Gorrita baja, auriculares, hace como que escucha música cumbianchera pero en realidad está atento a quien sale cargado con los fajos. A mí no me engaña.

Camino unos cuantos metros hasta el vendedor de revistas y me aseguro de una cosa mientras ojeo las tapas: que el chabón no se movió, no. Por el contrario, el sospechoso.... ino está más!

Policía, policía, donde hay un puto policía en este salvaje conurbano bonaerense. Lo único que me salva es la gente, que anda de aquí para allá, que si los chorros comienzan a los tiros en este quilombo va a ser un baño de sangre. Tengo que volver sobre mis pasos, volver a depositar la plata y que me maten por andar seco. ¡No boludo!

Ahora recuerdo algo. Hay un McDonald al lado del banco y aunque parezca minúsculo y despreciable, tiene un humilde empleado de seguridad. Algo es algo. Voy, tal vez así me tranquilice. Tal vez sea el no haber almorzado lo que me pone tan nervioso.

Pido un Mc sanguche triple piso y me parapeto detrás de él, una coca light para no andar con la panza tan hinchada y además un café, bien caliente.

Si alguno se hace el loco se lo tiro encima.

Sospechosos, aquí también está lleno de sospechosos, pero al menos tienen que consumir algo para poder afanarme. Ninguna mesa me viene bien. Entro al pelotero. ¿Saben lo que es el pelotero de McDonald? Parece una cabina blindada contra los ruidos, las bacterias, los tiros; que piensen lo que quieran, hoy no hay ningún cumpleaños.

Solo hay una señorita con un cochecito de bebe. ¿Para que los traen tan chiquitos? Allá ella; yo como, y no dejo de comer, con la boca bien abierta.

De atrás veo que se le cayó el sonajero. Un dragoncito hermoso. todo baboseado, debe de ser un nene. La madre moderna sigue hablando por el celular. Se lo alcanzo, sí, no me falló la intuición; es un morochito grandote, que juega con una matraca negra, con un orificio también grandote que me apunta al medio del pecho.

—No te hagas el vivo con mi nene. Este es más peligroso que mono con navaja. — me susurra una voz femenina en la oreja y la mandíbula se me cae de sorpresa—Entregá lo que te pusiste en el slip, rojo. Dale puto.

Tomá todo y chau. Ella inimputable, él menor de edad. ¿Qué me tengo que meter con esta mafia que sabe hasta de qué color es mi calzoncillo? El asunto va a ser como le explico todo esto a mi jefe.